

Wittgenstein: análogos del lenguaje

Carla Cordua
Pontificia Universidad Católica de Chile

El ensayo trata de uno de los principales análogos del lenguaje en la obra tardía de Wittgenstein, la comparación de lenguaje e instrumento. Presenta, para comenzar, las ideas generales del método analógico de Wittgenstein en las *Investigaciones filosóficas*; analiza, en seguida, los principales aspectos de la comparación instrumental y los resultados que arroja. Polemiza con las críticas que R. Bubner, entre otros, ha dirigido contra la comparación del lenguaje con un instrumento y establece algunos contrastes entre este objeto comparativo y otros distintos que Wittgenstein usa para la investigación del lenguaje.

“Wittgenstein: analogues of language”. The paper explores one of the most important analogues of language in the later work of Wittgenstein, the comparison of language with tools. It explains first the comparative method used by Wittgenstein in his investigations of linguistic usage. Then it analyzes the chief aspects and results of the comparison with tools. The paper criticizes, among others, R. Bubner’s objections against comparing language with tools and proceeds to contrast this term of comparison with other employed by Wittgenstein in the study of language.

En recuerdo de Ezequiel de Olaso

En su primera época Wittgenstein concibió el lenguaje como una representación de la realidad que podía ya sea tener un carácter pictórico o ser como un modelo matemático de las cosas existentes y de su organización mundial. En alemán, la misma palabra, *Bild*, puede designar un retrato o un modelo matemático, y Wittgenstein, en el uso que hace del término en el *Tractatus*, le conserva este doble sentido¹. Nunca abandonó la idea de que había oraciones y otras partes del lenguaje que tenían funciones representativas², que eran elementos que reflejaban a los elementos de la situación descrita tanto en su número como en el modo de su articulación³. “La oración puede parecerme una pintura con palabras, e incluso la palabra singular parecerme un retrato (*Bild*)”

¹ En 1931 el filósofo le declara a Waismann que: “Cuando escribí ‘La oración es una representación (*Bild*) lógica de los hechos’ quería decir: puedo introducir una representación pictórica en la oración y proseguir entonces con la oración. Puedo, pues, usar una representación pictórica como una oración. ¿Cómo es posible esto? Debido a que ambas coinciden en cierto sentido, y a esto que tienen en común lo llamo ‘*Bild*’ [‘representación’]. La expresión ‘*Bild*’ ya está tomada allí de manera ampliada. Este concepto de representación lo heredé de dos lados diferentes: primero, de la representación pictórica o dibujada; segundo, del modelo del matemático, que es ya un concepto universal. Pues el matemático habla de ‘*Abbildung*’ [‘representación’] también allí donde el pintor no usaría esta expresión” (*W&CV* 185 — Las referencias abreviadas se explican al final del artículo). Esta explicación de Wittgenstein resulta menos iluminadora en castellano, porque nuestros matemáticos llaman “aplicación” (o “función”) a eso que los alemanes llaman “*Abbildung*”. Con respecto a “*Bild*” en la acepción de modelo matemático, cf. Hertz, H., *Die Prinzipien der Mechanik. In neuem Zusammenhang dargestellt*. Ed. por P. Lenard, Leipzig: Barth, 1894, Introducción: la obra citada en *Tractatus* § 4.04.

² Véase Ackermann, R. J., *Wittgenstein’s City*, Amherst, Ma.: University of Massachusetts Press, 1988, cap. 5, *Picturing*. “Wittgenstein had said that we make pictures to ourselves, and this doctrine remains intact” (p. 32). “It is often claimed that Wittgenstein held a picture theory of meaning in the *Tractatus* and that he abandoned it in the *Investigations*. Wittgenstein rejects, however not the picture theory but the picture theory of the *Tractatus*” (p. 6). “In the later philosophy, picturing becomes more complicated” (p. 104). Una discusión del asunto se puede encontrar, por ejemplo, en Hacker, P. M. S., “The Rise and Fall of the Picture Theory”, en: Block, I. (Ed.), *Perspectives on the Philosophy of Wittgenstein*, Oxford: Blackwell, 1981, pp. 85-109; y en Stenius, E., “The Picture Theory and Wittgenstein’s Later Attitude to it”, en: Block, I., *o.c.*, pp. 110-139. Haller, R., *Questions on Wittgenstein*, Londres: Routledge, 1988, defiende la misma tesis.

³ *IF* §§ 59, 251, 301, 335, 349, 520, 522-523; *OF* § 54.

(*IF* II xi; *cf.* I §§ 291-292, 522). El paso a la segunda época de su pensamiento no está señalado por el abandono de la idea del lenguaje como representación del mundo sino más bien por el incesante cuestionamiento y progresiva complicación de dicha idea⁴. El filósofo revisa, asimismo, la importancia relativa que conviene atribuirle a la noción de representación; la época posterior de la obra se caracterizará en general por la degradación de esta idea: ahora el carácter representativo de la realidad que el lenguaje tiene no será, por un lado, sino una analogía ambigua⁵, por otro, una comparación para clarificar el carácter del lenguaje *entre otras* comparaciones metódicas⁶. El lenguaje llegará a parecerle a Wittgenstein inmensamente complicado, irregular a pesar de sus reglas, nada homogéneo sino más bien infinitamente variado y permanentemente capaz de generar nuevas diferencias internas. Por eso tiene analogías reveladoras con muchas cosas diversas (*UFP1* § 816) y no sólo con las representaciones pictóricas y los modelos, como sostuvo en su primer libro. En particular su multiplicidad interna desautoriza toda noción de que pudiera estar organizado por una lógica del lenguaje de una sola pieza que sería la clave universal de su funcionamiento y, al propio tiempo, la clave del mundo. Sólo la investigación empírica de los usos de palabras puede ofrecer alguna claridad sobre los varios papeles que ellas desempeñan en la práctica (*IF* §§ 105-107); muchas investigaciones diferentes de esta clase abrirán, probablemente, algunas perspectivas generales sobre el carácter del lenguaje. Pero habrá que cuidarse de hablar en general sobre el lenguaje, sostiene el segundo Wittgenstein, pues toda generalización puede ocultar el acceso a alguna de las formas de diversidad que interesan decisivamente a la filosofía (*IF* § 114).

La filosofía compara al lenguaje con otras cosas para introducir claridad allí donde reina la confusión. Como actividad clarificadora le confiere un sesgo interesado a su actividad comparativa pues si ha de lograr sus fines no le sirven cualesquiera comparaciones. Ha de tener en cuenta el origen de la confusión que se trata de disipar o del problema

⁴ *IF* §§ 139-141, 193-194, 291, 366-370, 374, 422; *W&CV* 53-54.

⁵ *CAM* 165; *IF* §§ 92-97, 291, 519-520, 571.

⁶ La descripción filosófica de usos lingüísticos —el programa de Wittgenstein en las *Investigaciones filosóficas*— opera con diversos análogos del lenguaje entre otras razones porque 'lenguaje' no es un concepto unívoco sino una familia de significados emparentados por similitudes y diferencias: *IF* §§ 19, 23, 108, 528-530.

que hay que disolver; presta especial atención a los problemas tradicionales de la filosofía (*IF* § 109), que están estrechamente ligados a las confusiones que torturan al filósofo y de las que busca liberarse. Por otra parte, la comparación metódica⁷ de carácter filosófico describe tanto las diferencias como los parecidos entre los términos de la comparación (*IF* §§ 130-131; *CAM* 94: “Repare en la analogía y en la falta de analogía”). Pues la claridad buscada exige que los conceptos que han sido usados sin contrastes luzcan su indefinición y que las expresiones recuperen su relación con aquellos contextos en los cuales tienen perfiles definidos (*CAM* 45-46; *IF* §§ 125, 251; II vi). En el *Cuaderno azul* hay una observación importante sobre la comparación filosófica. Ella no suele ocuparse, sostiene Wittgenstein, de lo que es más obvio o natural comparar, de las cosas que se parecen más entre sí, por ejemplo, sino que hace algunas comparaciones muy artificiales porque los problemas que se trata de disolver provienen de supuestos y actitudes artificiales. Hay que aprender el camino del error, recorriéndolo otra vez desde el comienzo pero con lucidez. “*Nosotros*, por otra parte, en nuestras discusiones [filosóficas], constantemente comparamos el lenguaje con un cálculo que procede de acuerdo con reglas exactas” (*CAM* 25; cf. *IF* § 81). Pero sabemos, sostiene Wittgenstein allí mismo, que “en general no usamos el lenguaje de acuerdo con reglas estrictas y que tampoco lo hemos aprendido mediante reglas estrictas”. La de la filosofía, declara, es “una manera muy unilateral de considerar el lenguaje. En la práctica [extrafilosófica] muy rara vez usamos el lenguaje como si fuera un cálculo de este tipo”.

En seguida Wittgenstein propone una explicación de la unilateralidad de la comparación filosófica sosteniendo que, si bien el lenguaje cotidiano no tiene el carácter de un cálculo, hay lenguajes especiales que poseen tal carácter. “Cuando hablamos del lenguaje en cuanto simbolismo propio de un cálculo exacto, tenemos en mente algo que se puede encontrar en las ciencias y en las matemáticas. Nuestro uso ordinario del lenguaje se ajusta sólo raras veces a tal estándar de exactitud. ¿Por qué, entonces,

⁷ La comparación, dice Wittgenstein en una ocasión, “es una actividad bastante complicada” (*CAM* 132). Pues se puede comparar mediante rasgos comunes entre las cosas comparadas, mediante similitudes, mediante casos intermedios que revelan un nexo allí donde no parece haberlo, mediante contrastes de varios tipos, etc. Todas estas maneras difieren entre sí aunque por lo general ignoramos estas diferencias, dice Wittgenstein. “Los usos de la palabra ‘similar’ [forman] una inmensa familia de casos” (*CAM* 133).

al filosofar comparamos constantemente nuestro uso de palabras con uno que sigue reglas exactas? La respuesta es que los *puzzles* que tratamos de eliminar siempre provienen de esta actitud hacia el lenguaje” (CAM 25-26). Cuando los filósofos preguntan ‘¿Qué es el tiempo?’ esperan ofrecer una definición exacta como respuesta pero no se detienen a examinar si tal definición es posible. Pues si la palabra ‘tiempo’ tiene varios usos, el filósofo, obsesionado por el modelo científico, pensará, no que lo que se propone es imposible, sino que la gramática de la palabra en su uso corriente es confusa o contradictoria; y que él, en consecuencia, no puede saber, de verdad, lo que significa ‘tiempo’. Se sentirá desorientado o ‘*puzzled*’, como dice Wittgenstein, debido a que trata de actuar de acuerdo con una exigencia ideal aportada por él a la investigación del comportamiento de palabras familiares como ‘tiempo’, en vez de atenerse a observar y describir este comportamiento.

El ideal de la exactitud científico-matemática empuja al filósofo a construir el lenguaje ideal en el que las palabras puedan ser definidas estrictamente y a volverle la espalda al uso habitual en su inabarcable variedad e inestabilidad. Esta intención lo puede inducir, por ejemplo, a tomar decisiones tajantes, angostando o ampliando uno de los sentidos del término a expensas de los demás; con ello consigue separar a la palabra de los usos ordinarios cuya gramática le parece incoherente medida desde su voluntad de definir uno de sus significados con perfecta exactitud. Pero esta conversión de la palabra en un término técnico (GF VI § 74) no cura al filósofo de su desconcierto y confusión frente al funcionamiento efectivo del término en el lenguaje del trato social. El problema que requiere solución reside no en el lenguaje ordinario sino en la expectativa incongruente del pensador que lo lleva a tratar a las palabras de variada aplicabilidad como partes de una nomenclatura técnica que las torna rígidas (IF § 116). La dificultad filosófica surge, sostiene Wittgenstein, “cuando consideramos los hechos a través de una forma de expresión que nos extravía” (CAM 31). Este es el caso de la pregunta ‘qué es’ entendida como exigencia de una definición y la definición vista como la expresión de la esencia común de un grupo de cosas⁸. “Mientras más estrecho es nuestro examen del lenguaje

⁸ “¿Cuáles son los elementos últimos de la materia?” (Es una típica pregunta metafísica; la característica de una pregunta metafísica es que expresamos la falta de claridad sobre la gramática de las palabras en la *forma* de una pregunta científica)” (CAM 35).

efectivo, más agudo es el conflicto entre él y nuestra exigencia [...]. El conflicto se torna intolerable; la exigencia ya corre peligro de tornarse vacía” (*IF* § 107). “La persona filosóficamente desorientada (*puzzled*) ve una ley en la manera como se usa una palabra y, tratando de aplicar esta ley de modo consistente, encuentra casos en los cuales ella conduce a resultados paradójicos. Muy a menudo la discusión de un desconcierto de este tipo se desenvuelve así: primero se formula la pregunta ‘¿Qué es el tiempo?’ Esta pregunta nos hace creer que queremos una definición. Pensamos erradamente que una definición va a resolver la dificultad (como en determinados estados de indigestión sentimos una especie de hambre que no puede ser saciada comiendo). La pregunta se contesta entonces con una definición errónea; digamos, ‘El tiempo es el movimiento de los cuerpos celestes’. El próximo paso consiste en comprender que esta definición es insatisfactoria. Pero esto no quiere decir sino que no usamos la palabra ‘tiempo’ como sinónimo de ‘movimiento de los cuerpos celestes’. Sin embargo, al decir que la primera definición es errónea nos sentimos tentados a pensar que tenemos que reemplazarla por una diferente, por la correcta” (*CAM* 27). El filósofo se debate con un problema “extremadamente difícil”, sostiene Wittgenstein, pues ve la similitud entre los varios usos de reglas pero no ve que las reglas de uso tienen que cambiar para cada una de las acepciones diversas de la palabra. “La analogía entre dos estructuras similares en nuestro lenguaje puede ejercer cierta fascinación sobre nosotros” (*CAM* 26).

La comparación convertida en método por Wittgenstein tiene su aplicación principal aunque no exclusiva en la investigación de los juegos de lenguaje. Los llamados *Cuadernos azul y marrón* explican en detalle el procedimiento, las ventajas y las posibles dificultades de la comparación de juegos de lenguaje complejos con otros más simples que sirven de modelos de formas lingüísticas elementales. Las formas de lenguaje no pueden ser clasificadas con ayuda de conceptos generales o de categorías universales que ocultan su particularidad y sus peculiaridades. Sólo la descripción de analogías y diferencias produce la claridad que hace falta al filósofo. No hay que olvidar, sin embargo, que Wittgenstein combate contra la tendencia simplificadora, generalizadora e idealizante de la inteligencia teórica en general; sus comparaciones, lejos de fundarse sobre la presunción de una comparabilidad de todo con todo, parten, por el

contrario, de la fórmula: “No des por supuesta la comparabilidad sino la incomparabilidad”⁹. Lo que encontramos en el mundo es la inagotable diversidad; por eso la comparación debe presuponer la voluntad de clarificar y de salir de la confusión, la del filósofo, que quiere disolver los problemas que lo asedian (*ObV* 58, 111). Tenemos que tener una razón, un motivo para adoptar el método comparativo; y, para llevar a cabo la descripción analógica de determinada palabra, concepto, expresión o juego, necesitamos encontrarle un contexto, un marco de referencia que regule la aplicación del método. Pues tanto las analogías como las diferencias clarificadoras obtenidas mediante la actividad filosófica serán relativas a un contexto en el que hay términos simples, arquetípicos, casos primitivos, *Urphänomene* (*IF* § 654), que sirven al procedimiento comparativo como modelos elementales super-visibles de los casos complicados que nos confunden.

El método de Wittgenstein está diseñado para la filosofía entendida como investigación de un lenguaje que nos induce a error cuando intentamos pensarlo. En vista de que carecemos de una visión sinóptica clara sobre la manera de operar del lenguaje, la tarea filosófica consiste en describir de preferencia los usos a propósito de los cuales cometemos los peores errores. La descripción de usos lingüísticos adopta ciertas directivas sobre sus temas y sus procedimientos que están explicadas en las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein: la filosofía parte de la confusión mental y aspira a la claridad y a la tranquilización del filósofo; quiere entregar un medio para liberarnos del extravío, de la equivocación y sus consecuencias. Desde esta posición, las doctrinas metafísicas resultan objetos de particular interés; son para Wittgenstein algo así como confusiones privilegiadas, un tormento para la inteligencia y cometidas casi fatalmente por cuanto son productos de insinuaciones engañosas inscritas en el lenguaje mismo (*CAM* 57-65). Doctrinas, por ejemplo, que sostienen que el tiempo fluye, que no puede ocurrir nada sin causa, que estamos forzados a aceptar las verdades de las matemáticas, que la lógica es una ciencia rigurosa, y muchas otras por el estilo. Las construcciones tradicionales de la filosofía teórica guían la exploración de los usos verbales comprometidos en el planteamiento de los problemas que ellas se ofrecían para resolver (*IF* § 109). El fruto de

⁹ Fórmula citada por Haller, R., *o.c.* El capítulo 5 del libro de Haller contiene explicaciones instructivas sobre la comparación en la obra de Wittgenstein.

los análisis de Wittgenstein es demoleedor debido a que los metafísicos que formularon tales doctrinas se dejaron guiar por el mismo lenguaje, por lo que éste ofrece al pensamiento, tomando sus señales y guiños, sus imágenes y metáforas como revelaciones sobre las cosas en discusión (*IF* § 115). Pues en el pasado se hizo filosofía sin investigar expresamente el lenguaje, confiando en la autonomía del pensamiento, por una parte, y en el supuesto ajuste entre el lenguaje y la realidad, por otra.

La descripción de usos lingüísticos del segundo Wittgenstein se desarrolla generalmente a la luz (*IF* §§ 83, 90, 130) de comparaciones globales del lenguaje con otros complejos de elementos y relaciones que nos resultan más familiares que el objeto investigado; la comparación metódica describe los casos análogos como variaciones de un mismo tema, en el sentido musical de la expresión. Precisamente aquello que engendra la confusión entre las variantes de un concepto, la combinación fluida de sus diferencias y analogías, queda expuesto: la misma comparación señalará cuáles son las rutas que hay que recorrer para clarificar lo que al comienzo resulta turbio o desconcertante. Wittgenstein declara: “El aparato de nuestra lengua ordinaria, nuestro lenguaje de palabras es, *ante todo*, lo que llamamos ‘lenguaje’ y luego también otras cosas de acuerdo con su analogía o comparabilidad con él” (*IF* § 494). Todo cuanto tiene alguna *Sprachähnlichkeit*, como dice Wittgenstein¹⁰, presta servicios ocasionales a la investigación que se vale de comparaciones clarificadoras. La importancia de la analogía en el pensamiento de Wittgenstein no debe ser malentendida, sin embargo; el filósofo no le atribuye más que una función iluminadora que sirve a una investigación que se contenta con describir usos simbólicos que, aunque los practicamos, no están dados, como los fenómenos¹¹. Es la descripción clara la que los pone a la vista. Una analogía no *prueba* nada, y no sirve ni para explicar ni para argumentar concluyen-

¹⁰ ‘Sprachähnliches’, o cosas que se parecen al lenguaje, hay muchas y Wittgenstein se refiere a menudo a ellas, en diversas ocasiones para diversos fines. Véase, por ejemplo: *IF* §§ 7, 81, 83, 108, 528-532; *ObV* 71, 121; *UFP1* §§ 784, 979.

¹¹ La diferencia entre describir lo dado patentemente o los fenómenos y describir significados y relaciones conceptuales, es considerable y no ha sido estudiada en la literatura dedicada a la obra de Wittgenstein. El filósofo dice, en cierta ocasión: “Quería describir lo que *significa* ‘pensar’, no encontrar un fenómeno” (*LFP46-47*, 243). Y agrega, algo más adelante: “Los fenómenos no están ocultos; el concepto está oculto. Y el concepto está rodeado por otros. Se encuentra en un campo y sus relaciones nos causan dificultades” (*LFP46-47*, 247).

temente¹². Si se tratase de construir teorías y de demostrarlas, la analogía rendiría poco o nada seguro, pero en filosofía se trata de clarificar y, en vista de ese fin, una analogía luminosa puede tener gran utilidad. No todas las analogías son fecundas o clarificadoras, sin embargo. Muchas confunden, distraen, disimulan y extravían. “Encontramos una analogía, la incorporamos a nuestro lenguaje y luego no podemos ver dónde ha dejado de valer” (*LCam*30-32, 108). “Un paralelo que nos hace perder el camino: la psicología trata de los sucesos de la esfera psíquica como la física de los físicos” (*IF* § 571; cf. §§ 90, 308, 613). En este terreno de las comparaciones no hay nada garantizado; cada analogía solicita un escrutinio individual en relación con lo que se investiga y un juicio sobre los resultados que obtiene quien la desarrolla, sobre lo que le permite ver. Uno de los mejores frutos de la consideración de analogías consiste en aprender a distinguir qué comparaciones pertenecen a nuestra manera habitual de representarnos las cosas para separarlas de comparaciones que usamos sólo ocasionalmente, para aclarar algo confuso. Las primeras son paradigmas del lenguaje (*IF* § 50), las segundas, instrumentos de la comunicación y de la investigación filosófica y les corresponden papeles diversos en las actividades lingüísticas.

Gran importancia metódica adquieren, en el período posterior al *Tractatus*, dos perspectivas analógicas principales destinadas a comparar al ‘mismo’ objeto de la investigación filosófica, el lenguaje, con dos términos muy diversos entre sí. Por un lado, Wittgenstein llama al lenguaje un instrumento o una herramienta¹³, también una caja de herramientas diversas, un tablero de comandos de una máquina, un aparato¹⁴; y, por el otro, lo trata como un juego (*IF* §§ 7, 81, 83, 182) y también como un conjunto de diversos juegos (*IF* §§ 23-24, 179). Estos términos

¹² A propósito de la supuesta aplicación de una analogía a un problema particular exclama Wittgenstein: “;Pero no [es] como si yo dedujera una conclusión de la analogía!” (*Pap* § 563).

¹³ El ensayo de Linsky, Leonard, “Wittgenstein on Language and some Problems of Philosophy”, en: Fann, K. T. (Ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and his Philosophy*, Atlantic Highlands, NJ: Humanities Press, 1978 (publicado originalmente en el *Journal of Philosophy*, 54, N° 10 (1957)), se refiere a la introducción en la obra de Wittgenstein de ‘instrumento’ como objeto comparativo.

¹⁴ La analogía de palabras y oraciones con herramientas que discutimos aquí no incluye las consideraciones que Wittgenstein hace sobre los instrumentos del lenguaje que en vez de representaciones suyas son medios de representación. La analogía propone que las palabras, etc., son instrumentos, no que el lenguaje *consiste de* instrumentos que fijan sus posibilidades de uso aparte de los usuarios.

de comparación tienen ambos no sólo formas singulares y plurales (el lenguaje es un instrumento y un conjunto de instrumentos; es un juego y un sistema de juegos) sino que tienden, a medida que el filósofo los aplica, a convertirse en un campo ligado de análogos por el cual se mueve la exploración del lenguaje con cierta libertad e inventiva según los casos particulares en los que Wittgenstein va fijando la atención. La investigación dedicada a los usos de la palabra 'juego' (*IF* §§ 3, 68-71), que pone en evidencia su irreductible variedad, revela ciertamente también la diversidad del concepto de lenguaje, de manera que la analogía de los casos singulares se convierte en una analogía entre campos semánticos. Lo mismo vale para la comparación instrumental: los diversos instrumentos o conjuntos instrumentales considerados están ligados entre sí y rinden resultados que se enlazan y apoyan unos a otros. "El lenguaje es un instrumento. Sus conceptos son instrumentos", dicen las *Investigaciones filosóficas* (§ 569; cf. §§ 11, 12, 14-15, 23, 41-42, 43, 53, 54, 494). "Piensa en las herramientas en una caja de herramientas: hay allí un martillo, unas tenazas, un serrucho, un destornillador, un metro, una lata para cola, cola, clavos y tornillos. Tan diversas como las funciones de estos objetos son las funciones de las palabras" (*IF* § 11)¹⁵.

Los signos lingüísticos son como los instrumentos en cuanto nos permiten hacer cosas con ellos: revelar intenciones, avisar novedades, expresar necesidades, comunicar conocimiento, narrar recuerdos, contar sueños, señalar direcciones, hacer promesas: la variedad indefinida de funciones que desempeñan los símbolos del lenguaje explica que haya tantas clases de palabras. Para que no subestimemos la diversidad del lenguaje y de sus operaciones ordinarias, Wittgenstein recomienda: "Piensa en los diferentes puntos de vista desde los cuales podemos dividir a los instrumentos en clases de instrumentos" (*IF* § 17). Como sabemos usar palabras y herramientas para muchos usos diferentes, las tenemos disponibles y echamos mano de ellas cuando viene al caso; no tenemos que pensar expresamente en su utilidad ni plantearnos dudas

¹⁵ En lo que sigue me concentro por ahora en la analogía de lenguaje e instrumento: en su carácter general, en los servicios que presta y en algunas de las consecuencias que se siguen de su uso. La explicación de la analogía del juego, que es muy compleja y bien diversa de la instrumental, superaría los límites del espacio disponible aquí; aunque completaría el tema de las analogías del lenguaje en la obra de Wittgenstein deberá ser tratada por sí misma en otra ocasión.

acerca de sus funciones. Nuestra relación con palabras y con instrumentos familiares y de uso frecuente depende del dominio de una técnica en la que fuimos entrenados temprano. Instrumentos y palabras pertenecen, además, gracias a que son funcionalmente específicos, a situaciones prácticas bien determinadas. Sólo raras veces buscamos laboriosamente las palabras o las herramientas cuyo uso dominamos: la actividad que llevamos a cabo y lo que hay que hacer en seguida nos revelan directamente qué decir y cómo hacer. Las palabras nos vienen con la misma inmediatez y naturalidad con que cogemos un martillo cuando se trata de clavar.

Para no malentender la comparación de las palabras con herramientas que propone Wittgenstein es conveniente recordar que los instrumentos de uso habitual no son, en primer lugar, objetos teóricos, o de la observación y de la investigación, para el que domina la técnica de su uso. Son, más bien, prolongaciones de los órganos del operario y complementos de sus fuerzas corporales. Su uso no requiere reflexión sino que se parece al uso que hacemos de las diversas partes de nuestro cuerpo cuando efectuamos tareas físicas como levantar pesos, saltar obstáculos, empujar bultos, prevenir choques, acelerar el paso, etc. El hablante tiene con los signos lingüísticos la misma clase de intimidad inmediata y tácita que el obrero con sus instrumentos o que cualquier persona con los recursos normales de su propio cuerpo. Usar nuestras palabras, herramientas o manos no exige cerciorarse de ellas como de objetos dudosos con los que no sabemos si podemos contar, pues ellas son, más bien, lo confiable propiamente tal. “Si un ciego me preguntara ‘¿Tienes dos manos?’ no me aseguraría mirándolas” (*Certeza* § 125; cf. 133, 245, 372, 445-446). “Que use sin escrúpulos... las palabras de mis oraciones... muestra que la total falta de dudas pertenece al juego de lenguaje” (*Certeza* § 370; cf. §§ 369-375). Recordando el distingo heideggeriano entre *Vorhandensein* y *Zuhandensein*¹⁶, destinado, precisamente, a establecer el contraste entre la relación con objetos a los que nos enfrentamos y de los que nos diferenciamos, y la relación con instrumentos que tenemos a la mano y de los que disponemos, diría que Wittgenstein también reconoce tal distingo con toda claridad aunque no se vale del mismo vocabulario para describirlo.

¹⁶ Heidegger, Martin, *Sein und Zeit*, siebente unveränderte Auflage. Tübingen: Niemeyer, 1953, §§ 15-18, 21-22. 69.

El uso de palabras, como el de herramientas, está ligado a un contexto en el que ellas sirven ciertos fines que caracterizan a la situación. Fuera de tales contextos, ni unas ni otras poseen sentido. Por ejemplo, ¿en qué circunstancias tiene sentido decir : ‘El mundo existía ya cien años atrás’? En condiciones normales, en que todos están convencidos de ello, la expresión no dice nada porque por obvia no hace ningún aporte a la comunicación. Pero puede ser que conversando con un niño, le encuentre una aplicación significativa a esta y otras expresiones de la misma clase. Oraciones como “Este cuerpo tiene tres dimensiones” o “Esta vara tiene cierta extensión” carecen de significado en la mayor parte de las situaciones normales, aunque ocasionalmente pueden servir para enseñar conceptos básicos.

A través de este enfoque instrumental del lenguaje es que salta al primer plano de las investigaciones de Wittgenstein la noción de *uso lingüístico* y la propuesta de entender al significado de palabras y oraciones como el uso que hacemos de ellas en determinadas circunstancias, pues, ¿para qué son los instrumentos sino para usarlos cuando es pertinente? “En un gran número de casos, aunque no en todos, en que empleamos el término ‘significado’, éste puede ser definido así: el significado de una palabra es su uso en el lenguaje” (*IF* § 43). Investigando cómo usamos la expresión ‘pensar’, propone: “Considera que la palabra ‘pensar’ es un instrumento” (*IF* § 360). Además recomienda: “Mira a la oración como un instrumento y su sentido como la aplicación que hacemos de ella” (*IF* § 421). ‘Uso’ es, por cierto, ambiguo; Wittgenstein se vale de la expresión tanto cuando compara las palabras con instrumentos que sirven a determinados fines en la situación práctica como cuando las compara con los signos de un cálculo (*CAM* 5-6, 15-16, 25). ‘Usar signos’ para significar, usar muestras para explicar algo o usar ejemplos para aclarar el sentido: todos estos casos de ‘uso’ tienen algunos rasgos parecidos al de ‘uso de instrumentos’, como que el significado, su claridad, su carácter determinado dependen del uso. Pero también hay ciertas diferencias entre los varios ‘usos’. Los signos de un cálculo, por ejemplo, se suelen aplicar de acuerdo con reglas más bien estrictas y expresamente formuladas, mientras que el uso de instrumentos, aunque no carece de reglas, deja generalmente un margen amplio de libertad al usuario y, como a los instrumentos se los suele aprender a usar viendo cómo se hace y no por manuales, las reglas bien pueden no haber sido formuladas nunca. No hay, creo,

reglas expresas del uso del peine; las que respetamos vienen impuestas por las cualidades del peine y el fin que perseguimos al peinarnos.

¿Cuáles son los resultados que Wittgenstein obtiene de comparar al lenguaje con un instrumento? Debido a que nosotros somos los seres prácticos que usamos instrumentos, las descripciones del lenguaje que pertenecen a esta perspectiva subrayarán la íntima asociación entre la vida humana práctica y el habla cotidiana. El lenguaje funciona en el contexto de una forma de vida, en la que se lo usa durante las actividades características que allí se realizan. Usarlo es una actividad entre otras, que presupone un entrenamiento en ciertas técnicas. Los albañiles que trabajan juntos tienen sus expresiones propias, los vendedores de leña, su sistema de contar los montones que ofrecen, los jugadores de ajedrez, sus nombres para las piezas del juego, etc. Las palabras se refieren por lo general a las cosas manipuladas, a los fines proyectados por los que colaboran, a la situación familiar, conocida desde antes por los participantes en la actividad. No sólo acompañan a nuestras actividades sino, como dice Wittgenstein: “Las palabras también son acciones” (*IF* § 546). Algunos críticos le han reprochado a Wittgenstein haber identificado al lenguaje con la actividad práctica. ¿La obra madura de Wittgenstein, se merece esta crítica? ¿Hasta qué punto es acertado el planteamiento de Bubner, por ejemplo, al que tomaremos como representante de los autores que denuncian la acentuación del carácter práctico-instrumental del lenguaje como un extravío?

Rüdiger Bubner, en *Handlung, Sprache und Vernunft*¹⁷, sostiene que en la obra de Wittgenstein el lenguaje y la acción práctica son tratados como si fuesen entidades paralelas (*Parallelisierung von Handeln und Sprechen*, p. 157) o formasen un paralelo. El capítulo dedicado a Wittgenstein, Austin y Winch, autores que, según el crítico, coincidirían en esta comprensión errada del lenguaje, explica la tesis del paralelismo; a poco andar, sin embargo, el autor se compromete con una posición más radical: no que la acción práctica y el lenguaje sean paralelos para estos filósofos sino que son lo mismo, los términos de una ecuación (*die Gleichsetzung von Sprache und Handlung*, pp. 160-161). El crítico ataca este enfoque sacando argumentos de las diferencias entre lenguaje y acción práctica. Llama la atención sobre la estructura finalista de

¹⁷ Bubner, Rüdiger. *Handlung, Sprache und Vernunft: Grundbegriffe praktischer Philosophie*. Frankfurt/M.: Suhrkamp, 1976.

la acción en contraste con la organización no teleológica del lenguaje. El lenguaje, sostiene Bubner, no está dirigido hacia una finalidad como lo está siempre la acción. Es, más bien, el medio del general entendimiento intersubjetivo y para serlo es preciso que carezca de un propósito determinado. El lenguaje que se quiere dar a entender debe descartar la concreción de un contenido definido al máximo, que es constitutiva de la acción dirigida hacia un fin. Sólo podemos hacer algo bien determinado pero podemos, en cambio, hablar de todos los contenidos por igual. Lo característico del lenguaje sería, según Bubner, su máxima universalidad, “en la que potencialmente encuentra cabida todo contenido determinado”, y en la que “pueden tomar parte todos y cada uno” (p. 168). Estas dos características principales del lenguaje, la apertura a todo contenido y la universalidad de la participación, están ligadas entre sí, pues la exclusión de ciertos contenidos trae consigo la marginación de algunos hablantes, como se ve claramente en el caso de los lenguajes técnicos y especializados que no son accesibles sino a los que poseen la formación especial y el conocimiento de las convenciones lingüísticas correspondientes.

Creo que la crítica de Bubner contiene varias confusiones y no se aplica del todo al concepto de lenguaje con que operan las investigaciones de Wittgenstein. No me refiero aquí a Austin y Winch, a los que Bubner asocia con Wittgenstein mediante la dudosa etiqueta de ‘analistas del lenguaje’, sin tener en cuenta que el análisis conceptual del último es muy otra cosa que el programa de la filosofía analítica en general. Este aspecto histórico de la discusión lo dejo de lado aquí para concentrarme en las cuestiones conceptuales relativas a la obra de Wittgenstein exclusivamente.

Wittgenstein sostiene, en efecto, que el lenguaje es una actividad y que sus partes son aplicadas a tareas determinadas en el sentido en que usamos ciertos instrumentos para fines determinados. Se trata de una actividad que acompaña a otras actividades, que las complementa, sustituye, clarifica y precisa, entre otras funciones. Las oraciones, exclamaciones, expresiones, gritos y gestos familiares, actitudes y movimientos que son partes del lenguaje, se producen y desenvuelven en el contexto de actividades singulares orientadas por el fin que se trata de llevar a cabo. Pero sólo la acción situada y fechada, que llevarán a cabo uno o varios agentes singulares, está referida a un fin bien determinado, como reclama Bubner, no el tejido general de las acciones

que muchos agentes llevan a cabo simultáneamente sin tener noción de lo que otros están haciendo. Tales acciones 'independientes' de muchos se entretajan en lo que podríamos llamar la *praxis* de una comunidad. Es este tejido colectivo de las iniciativas y las conductas habituales de innumerables individuos lo único que puede, legítimamente, ser comparado con el lenguaje. Este también es un tejido de factura colectiva del que ningún individuo en particular conoce todas las partes o puede responder del conjunto de los sucesos comprendidos por él. Sólo la oración singular, el discurso intencionado, la exclamación oportuna que pertenecen a una situación práctica específica, son actividades en sentido propio y pueden ser comparadas con otras actividades. Tal comparación se impone y resulta iluminadora, por cuanto gritarle, por ejemplo, ¡cuidado! a alguien que atraviesa distraídamente una calle llena de automóviles, está tan orientado por el fin que se quiere realizar como la acción de tomarlo de un brazo y alejarlo del peligro más cercano. En cambio, el lenguaje como tal, el tejido de lo que dicen y pueden decir los humanos capaces de usarlo, ciertamente no posee la orientación hacia un fin determinado que es propia de las acciones singulares aunque no del tejido de la *praxis* humana en general. Sólo esta *praxis* es comparable con el lenguaje como tal, y sus partes tienen también analogías clarificadoras con aquellas partes del lenguaje que expresamos en las palabras de algún idioma específico. Bubner quiere atribuirle a Wittgenstein haber pensado que el lenguaje en cuanto tal es como cada acto que persigue un propósito. Sin considerar en ningún momento que Wittgenstein negó expresamente que tal sea el caso¹⁸. El lenguaje como tal no sirve a ningún fin específico o sirve a un número indeterminado de fines diversos y, debido a ello, conviene prestar atención a sus varias analogías con el juego¹⁹, con la obra de arte²⁰, con los sectores antiguos de una ciudad, etc. Contra los que proponen una interpretación racionalista del origen y sentido del lenguaje, concibiéndolo como medio de comunicación o de expresión del pensamiento, Wittgenstein defenderá el punto de vista según el cual el lenguaje sirve los muy diversos fines de sus distintos usuarios en las más variadas circunstancias de sus vidas, pero, considerado en

¹⁸ *OFPI* § 49; *UFPI* §§ 813-815; *IF* §§ 491-492, 496-501.

¹⁹ *IF* §§ 7, 81, 83, 108, 125, 135, 182, 562-565.

²⁰ *IF* §§ 341, 527-535; *ObV* 71, 102, 121.

conjunto, debemos verlo como autónomo²¹ y disponible también para ‘usos inútiles’ o que no están al servicio de fines determinados, como cantar en la ducha, contar historias, hacer bromas y otros ‘usos gratuitos’ de instrumentos que habitualmente funcionan al servicio de fines utilitarios.

La comparación instrumental ayudará también a apreciar la medida en que las palabras desempeñan funciones específicas a pesar de sus varios significados, y que es gracias a ese servicio que prestan a las actividades que resultan significativas para ellas y para los agentes que las llevan a cabo. “Nuestras palabras adquieren su sentido gracias al resto de nuestras actividades” (*Certeza* § 229). Por el contrario, cuando el lenguaje carece de esta inserción en una situación práctica, igual que un tenedor fuera de sitio, no quiere decir nada porque no puede hacer nada allí; el sinsentido, el absurdo, el disparate resultan de usar palabras que por no prestar en ese contexto los servicios habituales, pierden su significado (*IF* § 416). El famoso *nonsense* metafísico viene de que el lenguaje se va de vacaciones o se queda ocioso, sostiene Wittgenstein, cuando se lo usa apartado de la vida activa de los hombres.

La analogía del lenguaje con la herramienta “ayuda a bajar a la tierra” (*CAM* 1) los problemas relativos al pensamiento, a la comprensión de significados, a la comunicación lingüística. La comparación del lenguaje con una representación pictórica del mundo, por el contrario, parecía propuesta desde el punto de vista de Dios, que se supone que nos mira desde fuera del mundo. ¿Cuándo nos asomamos nosotros por cuenta propia a una representación pictórica del mundo? Nunca estamos en condiciones de mirar al mundo como si fuera una de las cosas visibles a nuestro alrededor ni tampoco de compararlo desde fuera con el lenguaje para poder decir que se refleja en él o que el lenguaje es un espejo del mundo. La visión desde los satélites que nos presenta la televisión no pasa de ser una perspectiva parcial del planeta Tierra, nunca una representación del mundo. La afirmación de que hay una relación representativa entre lenguaje y mundo se parece mucho a ciertas descripciones

²¹ “¿Por qué no llamo arbitrarias a las reglas de la cocina y me siento tentado a llamar arbitrarias a las reglas de la gramática? Porque ‘cocinar’ está definido por su fin (*Zweck*) mientras que ‘hablar’ no lo está. Por eso el uso del lenguaje es, en cierto sentido, autónomo como no lo son el cocinar y lavar. Quien se rige al cocinar por reglas que no son las correctas, cocina mal; pero el que se rige por otras reglas que las del ajedrez, juega *otro juego*. Y quien se rige por otras reglas gramaticales que éstas y las de más allá, no dice algo falso por ello sino que habla de otra cosa” (*Pap* § 320: *cf.* § 322).

teológicas de la función que tiene en el conjunto de la creación la chispa divina de la inteligencia que el Creador puso en el barro al que dio forma de hombre. El hombre antes de poseer inteligencia es tan impensable como el situado fuera del mundo o del lenguaje. La caja de herramientas como término de comparación con el lenguaje es, por el contrario, una idea de ingeniero, la profesión en que Wittgenstein se entrenó cuando joven. El lenguaje es completamente terrenal en la obra del segundo período: es parte de la historia natural del hombre (*IF* § 415), dice el filósofo; tiene la impronta de ciertos rasgos constantes de la naturaleza a pesar de que no los copia ni se adapta a ellos; el lenguaje está vivo cuando está en uso, es siempre cambiante, muriente y nuevo a la vez, y está tan estrechamente ligado a la comunidad a la que pertenece que no puede existir ni ser pensado aparte de ella.

La condición instrumental del lenguaje revela, por otra parte, que éste tiene relaciones íntimas con la voluntad humana. Los instrumentos en general, inventados por los hombres, dependen de decisiones y de acciones voluntarias tanto para su existencia como para su funcionamiento y utilidad: su forma, sus materiales, sus aplicaciones y el hecho de que haya tareas en las cuales servir, todo en ellos habla de resoluciones, preferencias, fines humanos, de operaciones tanto de la inteligencia como de las fuerzas del cuerpo. Wittgenstein piensa que el lenguaje ostenta también estos mismos rasgos. Allí donde otros pensadores le atribuyen la determinación de los significados del lenguaje a la necesidad lógica, a la psicológica o también a la necesidad natural, Wittgenstein tiende a ver decisiones, deseos, intenciones, inclinaciones y actividades humanas. En situaciones prácticas, en las que los participantes toman un camino en vez de otros posibles, se hace patente su voluntad para ellos y para otros, como también está presente en el modo de atender los problemas y las necesidades de aquellos que les buscan determinada solución o satisfacción. La voluntad, piensa Wittgenstein, es la acción misma en la que estamos envueltos²² (*GF* VI § 82; VII § 97; *IF* §§ 615-616; *UFPI* § 848), esa acción cuyo curso podemos pronosticar y cuyo resultado no nos sorprende porque se debe a nuestra resolución y esfuerzos (*IF* §§ 628-629). En las investigaciones lingüísticas dedicadas a los conceptos psicológicos, se pone

²² “El acto de voluntad no es la causa de la acción, sino la acción misma. —No se puede querer sin hacer” (*Diarios* 4.11.16).

de manifiesto hasta qué punto la vida mental y la experiencia están penetradas de voluntad, según Wittgenstein. “La esencia de eso que llamamos voluntad, está inmediatamente ligada con la continuidad de lo dado” (*OF IV* § 43). Son fenómenos señaladamente voluntarios para él, entre otros, la percepción sensible (*UFPI* § 453; *OF2* § 141), la representación (*OFPI* §§ 848, 885, 900; *OF2* §§ 78-80, 83-86, 91) y la interpretación (*Certeza* §§ 144-145), la intencionalidad (*Absicht*) (*IF* §§ 174, 337, 437-465, 472-490; *GF VII-VIII* §§ 85-112; *OF II-III* §§ 10-38), el juicio y el saber (*Certeza* § 204, 362-368), el pensar en general (*IF* §§ 176, 532; *Certeza* §§ 167-192, 411), y el ver ciertos aspectos de las cosas en vez de ver otros posibles (*ObV* 40-41; *UFPI* §§ 452-453, 612; *OFPI* §§ 899, 971, 976; *OF2* §§ 544-545); para estos fenómenos se reclama habitualmente una condición intelectual autónoma, en especial allí donde se establece un contraste entre teoría y práctica, entre voluntad e inteligencia. “Es extraño”, dice Wittgenstein por eso, “que el problema de la *comprensión* del lenguaje tenga que ver con el problema de la voluntad” (*OFII* § 13). El pensamiento y la teoría están fundados, piensa Wittgenstein, sobre prácticas en las que anda comprometida, antes que nada, la voluntad. “Quiero decir: no se trata de que el hombre conozca la verdad con una seguridad perfecta respecto de ciertas cosas. Sino, [más bien], de que la seguridad perfecta se relaciona sólo con la actitud” (*Certeza* § 404).

La fecundidad de la comparación del lenguaje con un instrumento o herramienta es doble. Por una parte arroja luz sobre el lenguaje, nuestra relación con él, el lugar que ocupa en nuestra vida y abre la perspectiva de la concepción wittgensteiniana del significado como uso. Por otro lado, hace un aporte fecundo a la investigación de las palabras que designan conceptos psicológicos, que ocupa un lugar destacado en la obra de Wittgenstein. Uno de los puntos de vista constantes de esta investigación es considerar los fenómenos psicológicos en su relación con la voluntad: ¿dependen o no de la voluntad estos fenómenos, se nos imponen ellos a nosotros o podemos influir sobre ellos? El examen de los múltiples aspectos del ver, por ejemplo, comprende el distingo entre ver y mirar (*OF2* §§ 135-139). La diferencia decisiva para Wittgenstein es que *ver* constituye, la mayor parte de las veces, una impresión que recibimos o que no depende de la voluntad mientras que *mirar* tiene mucho de una actividad deliberada. Aunque las imágenes que resultan del ver y del mirar deliberado pueden también

ser involuntarias, lo más frecuente es que, una vez formadas, están sujetas a la voluntad. Esta dependencia de las imágenes Wittgenstein la demuestra con tres argumentos relacionados entre sí²³. Primero, podemos formular imperativos que ordenan generar una imagen o representársela en un momento determinado. Wittgenstein dice, para ilustrar esta posibilidad: “Tiene *sentido* ordenarle a alguien ‘Imagina que’, o también ‘No te imagines que’” (*OFP2* § 83; *cf.* §§ 96-97). Segundo, el concepto de imaginar tiene un parentesco con el concepto de llevar a cabo una acción. Dice Wittgenstein sobre esta analogía: “Formar una imagen de algo es comparable con una actividad (nadar)” (*OFP2* § 88; *cf.* §§ 116, 111). “El concepto de imaginar se parece más al de hacer que al de recibir. Imaginar podría ser llamado un acto creativo. (Y es llamado así, ciertamente)” (*OFP2* § 125). En tercer lugar, se ve que las imágenes dependen de la voluntad porque de una manera peculiar excluyen la observación: debido a que las hacemos, no nos interesamos en escrutarlas ni consiguen sorprendernos. “Un rasgo importante que distingue a la imagen de la impresión sensible y de la alucinación consiste en que quien imagina no se comporta como un observador de su imagen” (*OFP1* § 885; *cf. Pap* § 81).

Pero toda analogía tiene límites, por fecunda que sea. Wittgenstein camina un largo trecho de su examen de los usos del lenguaje acompañado del instrumento como objeto de comparación. Pero el lenguaje desborda por todos lados a la herramienta. Las palabras son de uso más vario que los instrumentos, su sentido es más lábil, matizado, sugerente y cambiante que las diversas aplicaciones permitidas por las cosas materiales que nos sirven en nuestras actividades. Además, hay elementos del lenguaje que no sirven para nada, cosa que no se puede decir sin ingratitud de las herramientas: los chistes, los juegos de palabras, ciertos gritos puramente expresivos, exclamaciones por nada y por todo, palabras cantadas o murmuradas, hablar por hablar. No siempre se comunica, o se expresa, se articula o se revela algo. Hay un uso normal de las palabras que no persigue fines determinados (*IF* § 501; *Pap* § 320), y que es una invitación a comparar al lenguaje con el juego y con los juegos, a investigarlo, por ejemplo,

²³ Véase la excelente exposición de Malcolm Budd (*Wittgenstein's Philosophy of Psychology*. Londres: Routledge, 1991, cap. V, “Images, internal speech, and calculation in the head”, pp. 100-124), en que baso las consideraciones sobre las imágenes que hago aquí.

como hace Wittgenstein extensamente, desde el punto de vista de los juegos de lenguaje²⁴.

Antes de terminar queremos contrastar la comparación entre lenguaje e instrumento con una analogía diferente de uso ocasional, mediante la que Wittgenstein explora al lenguaje comparándolo con una ciudad (*IF* § 18). Esta última comparación no se extiende en varias direcciones como la instrumental ni se repite con variaciones. Se la formula para defender de posibles objeciones a los juegos de lenguaje simples e inventados propuestos al comienzo de las *Investigaciones filosóficas* para servir como objetos con los cuales comparar al lenguaje durante el estudio filosófico. Los juegos en cuestión son el de los trabajadores de la construcción (*IF* § 2) y su ampliación mediante el agregado de nuevos tipos de signos (*IF* § 8). El lenguaje de los dos constructores sólo sirve de medio de comunicación entre ellos y no consta sino de órdenes. La ampliación contiene signos numéricos, dos defécticos para direcciones en el espacio y sus correspondientes gestos y varias muestras de colores. No nos preocupemos, dice Wittgenstein, de que estos lenguajes consten sólo de imperativos y parezcan incompletos. Pues, ¿qué podría querer decir que un lenguaje sea incompleto? “Pregúntate si nuestro lenguaje es completo; si lo era antes de que se le incorporaran el simbolismo de la química y la notación del cálculo infinitesimal” (*IF* § 18).

La comparación del lenguaje con una ciudad que engloba completamente a sus habitantes, que se mueven por dentro de ella y no ven sino lo que ella contiene, casas, calles, etc., es introducida en las *Investigaciones filosóficas* para rechazar la pregunta seudocrítica destinada a obligarnos a declarar cuántos elementos hacen falta para que un lenguaje sea completo. “¿Con cuántas casas o calles empieza una

²⁴ Cuando se interpreta la comparación del lenguaje con instrumentos que hace Wittgenstein como si fuera una teoría que excluye todo otro enfoque o perspectiva posible, se cae fácilmente en las exageraciones y el dogmatismo que caracterizan a la interpretación de Rüdiger Böhle, por ejemplo. Comparando esta analogía de Wittgenstein con la teoría de Humboldt, el autor ni siquiera menciona las otras comparaciones del lenguaje que, en la obra de Wittgenstein, modifican y matizan a la analogía lenguaje-instrumento. Lo que resulta de esta forma de ceguera metodológica es una interpretación parcial y tendenciosa en un sentido ideológico. Véase Böhle, R., “Die Sprache bei Wittgenstein und Humboldt”, en: Haller, R. y Grassi, W. (Eds.), *Sprache, Logik und Philosophie*. Akten des vierten internationalen Wittgenstein-Symposiums, 28 de agosto al 2 de setiembre de 1979, Kirchberg am Wechsel (Austria), Viena: Hölder-Pichler-Tempsky, 1980, pp. 575-578.

ciudad a ser ciudad?” El criterio de la completitud no tiene ninguna aplicación aquí; por lo tanto, la pretendida objeción contra la simplicidad de los juegos de lenguaje que hacen las veces de objetos metódicos de comparación en el estudio de la lengua ordinaria, está fuera de lugar. El análogo de la ciudad, en contraste con el instrumental, nos presenta el lenguaje como un ámbito que nos contiene y al que nosotros pertenecemos en vez de presentarlo como un útil del que disponemos ocasionalmente y a voluntad. Se trata de dos relaciones muy diferentes: la instrumental se refiere en particular al uso de signos considerados singularmente, las palabras, las oraciones, los modismos. La otra analogía, en cambio, destaca nuestra relación con el lenguaje en su conjunto, que, como no es usado entero y simultáneamente, nos envuelve como un tejido de posibilidades o espacio abierto en que moverse en distintas direcciones para diversos fines. A pesar de esta notoria diferencia, que podría sugerir que tenemos que elegir una analogía contra la otra, ambas tienen rasgos que las hacen complementarias. El uso de signos lingüísticos, sostiene Wittgenstein, presupone el dominio de un lenguaje. El universo de las posibilidades de uso en que consiste un lenguaje precede y ofrece el contexto a las operaciones singulares de sus aplicaciones. A este conjunto de posibles, ¿por qué no verlo como una ciudad o espacio organizado en vista de trajines y actividades humanas? A la ciudad también la usamos, en cierto sentido, y ella, como las herramientas por su parte, nos usa a nosotros. Wittgenstein presenta sin vacilar al lenguaje en su conjunto como una caja de herramientas que contiene los elementos para hacer muchas clases de trabajos posibles, esto es, como análoga a la ciudad como ámbito de actividades posibles. Pero la vieja ciudad rodeada de suburbios nuevos que Wittgenstein propone es mejor como término de comparación para el lenguaje que la caja, pues el lenguaje nos alberga como ella y albergó también a los que nos enseñaron a usarlo.

Obras de Wittgenstein

- CAM* *Preliminary Studies for the “Philosophical Investigations” generally known as the Blue and Brown Books.* Second Edition. Oxford: Blackwell, 1972 [“Cuadernos azul y marrón”].
- Certeza* *Über Gewißheit.* Herausgegeben von G. E. M. Anscombe y G. H. von Wright. Oxford: Blackwell, 1974 [“Sobre la certeza”].

- Diario* *Notebooks 1914 - 1916*. Second Edition (1979). Edited by G. H. von Wright y G. E. M. Anscombe. Chicago: University of Chicago Press, 1979. With an English translation by G. E. M. Anscombe ["Diarios, 1914-1916"].
- GF* *Philosophische Grammatik*. Herausgegeben von Rush Rhees. En L. Wittgenstein WA, vol. 4 ["Gramática filosófica"].
- IF* *Philosophische Untersuchungen*. Herausgegeben von G. E. M. Anscombe y Rush Rhees, Frankfurt/M.: Suhrkamp, 1974. En: L. Wittgenstein, *Schriften* ["Investigaciones filosóficas"].
- LCam30-32* *Wittgenstein's Lectures: Cambridge 1930-1932*. From the notes of John King and Desmond Lee. Edited by Desmond Lee. Chicago: University of Chicago Press, 1980 ["Lecciones en Cambridge 1930-1932"].
- LFP46-47* *Wittgenstein's Lectures on Philosophical Psychology 1946-47*. Notes by P. T. Geach, K. J. Shah and A. C. Jackson. Edited by P. T. Geach. Chicago: University of Chicago Press, 1988 ["Lecciones sobre la filosofía de la psicología 1946-1947"].
- ObV* *Vermischte Bemerkungen*. Eine Auswahl aus dem Nachlass. Herausgegeben von G. H. von Wright. Frankfurt/M.: Suhrkamp, 1977 ["Observaciones varias"].
- OF* *Philosophische Bemerkungen* (1964). Aus dem Nachlaß herausgegeben von Rush Rhees. Frankfurt/M.: Suhrkamp, WA, vol. 2 ["Observaciones filosóficas"].
- OFF1* *Bemerkungen über die Philosophie der Psychologie*. Band I. Herausgegeben von G. E. M. Anscombe y G. H. von Wright. Oxford: Blackwell, 1980 ["Observaciones sobre la filosofía de la psicología, I"].
- OFF2* *Bemerkungen über die Philosophie der Psychologie*. Band II. Herausgegeben von G. H. von Wright y Heikki Nyman. Oxford: Blackwell, 1980 ["Observaciones sobre la filosofía de la psicología, II"].
- Pap* *Zettel*. Herausgegeben von G. E. M. Anscombe y G. H. von Wright. Oxford: Blackwell, 1967 ["Papeletas"].
- T* *Tractatus Logico-Philosophicus*. Frankfurt/M.: Suhrkamp,

1960. En L. Wittgenstein, *Schriften* [“Tractatus lógico-filosófico”].
- UFPI* *Letzte Schriften über die Philosophie der Psychologie*. Vorstudien zum zweiten Teil der philosophischen Untersuchungen. Herausgegeben von G. H. von Wright y Heikki Nyman. *WA*, vol. 7 [“Últimos escritos sobre la filosofía de la psicología”].
- W&CV* *Ludwig Wittgenstein und der Wiener Kreis*. Gespräche, aufgezeichnet von Friedrich Waismann. Aus dem Nachlaß herausgegeben von B. F. McGuinness. *WA*, vol. 3 [“Wittgenstein y el Círculo de Viena”].
- WA* *Werkausgabe in 8 Bänden*. Frankfurt/M.: Suhrkamp, 1984. 8 vols.